

indignado, y cogiendo á Jesús aparte, le hizo en el primer momento de su dolor una especie de reprensión. . . . "Y Pedro tomándolo aparte, comenzó á increparle, diciendo. . . . Lejos esto de tí, Señor; no te sucederá esto. . . . Mas él volviéndose, y mirando á sus discípulos, amenazó á Pedro diciendo: veto lejos de mí; Satanás, tú me sirves de escándalo; porque no entiendes las cosas de Dios; sino las de los hombres. . . ." Examinemos aquí dos cosas.

La primera. Si no imitamos también nosotros á san Pedro y no merecemos la reprensión que Jesucristo le hizo. . . . de hecho. Primero. ¿Qué gusto tenemos nosotros de las cosas de Dios para la mortificación, para la penitencia, para la humillación, para la oración, para la comunión; en una palabra, para todos los ejercicios de la religión? ¿Qué gusto, por el contrario, no tenemos para todo aquello de que van en busca los hombres, para los divertimientos, para la disipación?

Segundo. ¿No somos, por ventura, para algiuno de nuestros hermanos un motivo de escándalo? ¿No lo apartamos nosotros acaso, por medio de un falso amor ó de un gusto terreno, de las cosas de Dios, esto es, consagrarse á Dios, de ejercitar las obras de piedad ó de vivir una vida santa y regular? ¿no hacemos, por ventura, en el mundo el oficio de Satanás? ¿no ahuyentamos á nuestros prójimos de la práctica del bien, con nuestras bfeas, con nuestras sátiras, con nuestras injurias, nuestros desprecios? ¿no los animamos á hacer el mal con nuestras sollicitaciones, con nuestras promesas y con nuestros ejemplos?

La segunda. Si imitamos nosotros á Jesucristo sirviéndonos de su respuesta. . . . "Vete lejos de mí, Satanás. . . . tú me sirves de escándalo. . . ." Primero, respecto de aquellos que por una falsa ternura querrian oponerse á nuestra verdadera felicidad, impidiendo el que nos consagramos al servicio de Dios en el estado á que nos llama. Segundo, respecto de aquellos que por falta de afecto á las cosas de Dios, querrian alejarnos de los ejercicios de la penitencia y de la devoción. Tercero, respecto de aquellos que nos muestran un amor profano y nos ponen en peligro de caer en las asechanzas del demonio. A todas estas personas respondamos con Jesucristo en tono de amenaza y de indignación. . . . andad lejos de mí. . . . vosotros me forzáis á trataros de enemigos, desde que me impedís ser de Dios, ya no soy vuestro.

#### PETICION Y COLOQUIO.

Si, ¡oh Señor! tal será mi firmeza para vencer todos los obstáculos que la estima, la compasión y la falsa amistad de los hombres podrán ofrecermene en el cumplimiento de mis obligaciones y en los sacrificios que pida vuestra ley. Ya no escucharé mas los falsos y vanos pretextos, las frivolas interpretaciones, ni los avisos funestos, pa-

ra dispensarme. Me separaré tambien cuando sea necesario de aquellos que me son mas amados. ¿Y este sacrificio, ¡oh Dios mio! no lo debo yo acaso al que vos debéis hacer de vuestra vida y de que aquí removeis los impedimentos hasta tratar con una extrema severidad un apóstol amado que quiere disuadirlos? ¡Oh Jesús! levántame como á Pedro mucho mas allá de la carne y de la sangre, para que no tenga otro gusto que de las cosas de Dios y desprecie constantemente todas las cosas de la tierra. Amen.

### MEDITACION CXXXVII.

#### INSTRUCCION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

##### SOBRE LA SALVACION.

San Mat. cap. XVI, v. 24'  
26.—San Mar. c. VIII, v.  
34, 38. San Lúcas, cap.  
IX, v. 23, 25.

Jesucristo nos demuestra aquí primera, la dificultad; segundo, la necesidad; tercero, la importancia de la salvación.

#### PUNTO PRIMERO.

##### DIFICULTAD DE LA SALVACION.

"Entonces Jesús. . . . llamó á sí las turbas, con sus discípulos les dijo: Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese así mismo, y tome su cruz. . . . cada día, y sígame. . . ." Cuatro cosas pide de nosotros para obrar la salvación.

Primera. *La voluntad. . . .* voluntad libre, que no pueden dar los hombres ni forzarla. La gracia misma, que sola puede dar la voluntad de obrar la propia salvación, no necesita á alguno, y deja siempre al hombre su libertad, de que frecuentemente abusa para su daño. Esperar una gracia que lo haga en nosotros, sin nosotros es confundir la redención con la creación; la vida eterna con la vida natural. Sin esperar, pues, otra cosa, determinémonos hoy y digamos sinceramente: Sí, quiero salvarme. *Voluntad ferrea.* Observemos lo que hacen los hombres cuando quieren una cosa: el negociante que quiere enriquecerse, el hombre de letras que quiere ser sabio, el guerrero que quiere adquirir gloria, el cortesano que quiere adelantarse, todo hombre que quiere llegar á cualquier término. La voluntad de que están animados, les hace entender todo aquello que los conduce á su fin, y evitar todo aquello que les aleja de él. . . . Nada encuentran imposible, nada desesperado, nada difícil para llegar al término que se ha prefijado.

*Voluntad continua:* ella jamás los abandona, les acompaña en todo lugar, y en todas las cosas les dirige: en cualquiera cosa que estén ocupados, no pierden jamás de vista el término á que aspiran: siempre caminan á él, y sin cesar se acercan lo mas que pueden. Tal debe ser en nosotros la voluntad de salvarnos.

Segunda. *Abnegacion de sí mismo.* El amor desordenado de nosotros mismos en perjuicio del que debemos á Dios, es el origen de todos los pecados y la abnegacion de nosotros mismos, para buscarnos solo en Dios, y para Dios es su remedio. Esta abnegacion tiene diferentes grados: el primero excluye todo pecado mortal, y nos pone en la disposicion de antes morir que desobedecer á Dios, y perder su gracia. El segundo excluye todo pecado venial conocido y deliberado. El tercero se ejercita sobre las imperfecciones y sobre los ataques del amor propio que penetra por todas partes, aun en el ejercicio mismo de la virtud. Cuanto mas se adelanta un cristiano en este último grado, tanto mas goza de paz, de libertad interior y de consolaciones del Espíritu Santo. Si estamos aun sujetos á cualquier pecado ó á cualquiera pasión; si alguna cosa nos impide adelantarnos en la virtud y en los caminos de la vida interior, esto procede de no haber aun entendido y practicado nosotros esta palabra de Jesucristo. . . . "Niéguese á sí mismo. . . ."

Tercera. *Levar la cruz.* Hay cruces de muchas suertes. Las unas son extraordinarias y solamente propias de los tiempos de las persecuciones, y consisten en suplicios y en la muerte; tal es la que ha llevado Jesucristo y la que después han llevado tantos mártires. Nosotros debemos como ellos, estar dispuestos á morir por la fe y establecernos tanto mas en esta santa disposicion, cuanto puede ella tener lugar en tiempos en que menos lo pensamos. Las otras cruces son ordinarias y de todos los tiempos; y entre estas hay algunas que son necesarias ó involuntarias: tales son por parte de la naturaleza las incomodidades de la vida, las enfermedades del cuerpo, la debilidad de la edad, el rigor de las estaciones; de parte de la fortuna, las pérdidas, las desgracias, los contratiempos, los desórdenes de los negocios, la necesidad y la pobreza; de parte de los hombres, su odio, su desprecio, sus discursos, sus persecuciones, sus defectos y sus humores; de parte de nosotros mismos, nuestro genio, nuestras faltas y nuestras recaídas. ¡Cuántas cruces nos presentan por todas partes que nosotros no podemos evitar, y que nos vemos en necesidad de llevar! ¡Ah, cuántos méritos! ¡Cuántos medios de satisfaccion, si las llevamos, como es necesario y segun el espíritu del cristianismo! ¡Y de qué nos sirve llevarlas de paganos, de gentiles, con disgusto, con despecho, con mil quejas! Ellas se nos hacen siempre mas pesadas por llevarlas de este modo; están sin un-

cion de parte de Dios y de la nuestra, sin mérito y sin esperanza de recompensa. Finalmente, hay cruces voluntarias y de eleccion; tales son las mortificaciones y las penitencias que cada uno se señala á sí mismo, y un órden de vida y de santas ocupaciones á que se sujeta; tales son las penas anxas á un estado que se escogió, y en que un cristiano ha entrado para santificarse: el cumplimiento exacto de las obligaciones de este estado, la dependencia continua de la voluntad, la privacion de los bienes, de las comodidades y aun de las cosas necesarias que conviene experimentar, y algunas veces el tedio y el disgusto que puede ocasionarnos de tiempo en tiempo una larga continuation de ejercicios y de ocupaciones reguladas; tales son las cruces de que tanto menos debemos lamentarnos y llevar con tanto mayor consuelo, cuanto son de nuestra eleccion y las hemos abrazado nosotros. ¡Ah! No nos arrepintamos de haberlas escogido; perseveremos en ellas con valor y constancia, y moriremos en ellas con consuelo.

Cuarto. *Seguir á Jesucristo.* Renunciar á nosotros mismos, hacernos violencia, sufrir, llevar nuestra cruz; esto no basta, si no lo hacemos por Jesucristo, caminando detrás de él y uniéndonos á él. Pero en el sufrir por nuestro divino Salvador, pensemos que él nos precede, que ha sufrido por nosotros mas de lo que nosotros podemos sufrir por él, y que si lo seguimos en su vida y en su muerte, lo seguiremos tambien en su resurreccion, en su ascension y en su reino, mientras los otros serán excluidos, y caerán en el infierno. Escojamos ahora, y veamos lo que queremos: "si alguno quiere" el camino está ya abierto y trillado, y el término es bien sabido.

#### PUNTO II.

##### NECESIDAD DE LA SALVACION.

"Porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; y el que perderá su alma por mí, y por el Evangelio, la salvará. . . ." En la economia de nuestra salud, cuatro cosas son de una necesidad absoluta é independiente de nosotros.

Primera. *Necesidad de nuestra ser.* Nosotros no hemos sido criados por nosotros mismos: nosotros no nos hemos dado la vida á nosotros mismos: es Dios el que nos ha dado el ser y la vida á todos los hombres y á mí en particular: él es el que ha regulado el tiempo, el lugar, la duracion y todas las circunstancias. No ha dependido de mí el quedarme en la nada ó salir de ella, y no depende de mí quedar entre los existentes ó volver á entrar en la nada. El ha querido que yo fuese una alma espiritual é inmortal; esto es y esto será. Si yo deseara que esto fuese

de otra manera, si me lamentase de que esto sea así, serían estos desos y quejas inútiles, y solo servirían de hacermos culpable y de añadir á la ingratitude la impiedad.

Segunda. *Necesidad de nuestro destino.* Dios que me ha criado sin consultarme, también sin consultarme me ha dado un fin. Este fin es una vida eterna y bienaventurada, si en este mundo obedezco á sus leyes; y si no obedezco, será una muerte eterna y desgraciada en el infierno. El cielo ó el infierno, una eternidad bienaventurada ó miserable, he aquí á lo que estoy destinado. Puedo elegir entre estas dos alternativas, pero no puedo renunciar á las dos; es necesario que yo me salve ó me condene. En este negocio no hay camino medio; de aquí á poco ó será salvo, ó estará condenado: en mi muerte será irrevocablemente decidida mi suerte, y lo es ya para aquellos que han muerto. Puedo en otros asuntos no tomar partido, quedarme neutral ó indiferente; pero aquí la alternativa está ya fijada por aquella soberana potencia, á quien ninguna cosa resiste.... ¡Oh hombres! ¿en qué pensáis vosotros? ¿en qué he pensado yo hasta ahora?

Tercera. *Necesidad del destino de todas las criaturas.* Dios las ha hecho todas para ayudarnos á llegar á nuestro fin. Algunas parece que nos alejan de él, pero es para probar nuestra virtud y darnos ocasión de mostrar nuestra fidelidad. Si por algún acaso nosotros abusamos de las criaturas, todas se armarán un día contra nosotros y cooperarán á nuestro suplicio; si nos servimos de ellas según el orden del Criador, sufriendo de las unas con paciencia, sirviéndonos con valor de aquellas cuyo uso nos está prohibido, todas darán un día testimonio á favor nuestro y contribuirán á nuestra eterna felicidad.

Cuarta. *Necesidad de los medios que nos conducen á nuestro destino.* El que ha establecido el término á nuestro destino, ha regulado el camino para él, con una independencia que le es esencial y sin consultarnos. Cualquiera que en este mundo querrá salvar su alma, esto es, conservar su vida y las utilidades de ella con menoscabo de su fe; cualquiera que querrá satisfacer su alma, esto es, seguir sus inclinaciones, sus gustos y sus pasiones; cualquiera que querrá gozar las dulzuras y los placeres de esta vida con menoscabo de la ley de Dios y del Evangelio; cualquiera que pondrá en gozar de esta vida su felicidad y su bien, obrará solo por esta vida, pensará, temerá, esperará solo por esta vida, por los bienes y placeres de esta vida; este perderá su alma para la eternidad, será reprobado de Dios y condenado á las llamas eternas. Al contrario, aquel que perderá su alma por Jesucristo y por su Evangelio, esto es, que morirá antes que perder su fe, que se expondrá á todo, renunciará á todo, se privará de todo antes que quebrantar un solo precepto del Evangelio, este

encontrará su alma, esto es, la salvará, será admitido á la posesión del cielo para gozar en él una vida eterna. Este es el orden inmutable sobre que debemos regularnos y que no podemos mudar. No podemos ser felices en este mundo y en el otro. A nosotros toca elegir, y Dios elegirá su palabra. Todos los pretextos que alega el mundo son frívolos; pueden cegar los hombres, pero no pueden mudar el orden de los decretos de la sabiduría eterna.

### PUNTO III.

#### IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

“Porque ¿qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿qué dará el hombre en cambio de su alma?...”

Primero. *El negocio de la salvacion es el único importante á cada uno,* porque es el solo en que se trata de su alma y de su ser. Si pierde este negocio no es su bien el que se ha perdido; su cargo, su empleo, su crédito, su gloria, su reputacion, su sanidad, su vida; nada de todo esto; es él mismo el que se pierde. Los negocios de esta vida no son el negocio del hombre, y en que se trate de sí mismo, de su sustancia, de su alma. A lo mas en estos negocios se trata de algún bien que pertenece al hombre, que está cerca del hombre y que puede serle de algún provecho transitorio; pero aquello que se llama el hombre mismo, nada tiene que hacer, y todos estos negocios nada le interesan; y con todo, estas cosas son las que se llaman los grandes negocios, y en ellas se ocupa únicamente el hombre: con tal que salga bien en esta suerte de negocios, se da por contento; no le da pena ni cuidado alguno si viene á perderse á sí mismo. ¡Oh qué locura!

Segundo. *El negocio de la salvacion es el único importante,* porque este es el solo cuya pérdida ó ganancia depende de cada uno en particular. Hay algunos negocios en que para salir bien es necesario el concurso de muchos; pero aquí solo tengo necesidad de mí. En los otros negocios, otros pueden suplir por mí; por la fuerza, por la ciencia, por los talentos que me faltan, pueden ahorrarme todo el trabajo, y puede salirme bien un negocio sin que yo intervenga; pero en el negocio de la salvacion, así como se trata de mí mismo, debo yo mismo obrar y trabajar. Debo pues, primero instruirme en la ciencia de la salvacion, en los medios que es necesario emplear, en los peligros que se han de huir, y en los obstáculos que es necesario vencer para salir bien. Después debo yo mismo obrar. Yo mismo soy el que debo hacer penitencia, practicar la virtud, ejercitar las buenas obras, huir las ocasiones del mal y vencer las tentaciones. Bien puede, si, puede otro orar por mí, exhortarme dirigirme, ayudar-

me; pero no puede suplir por mí. Yo soy el que debo ser penitente, humilde, dulce, casto, santo, puro é inocente. Si no salimos siempre bien en los otros negocios, muchas veces somos excusables porque hemos encontrado obstáculos insuperables; pero en esto, nada de eso hay. Muchas veces son los otros solos los culpados; pero aquí somos solamente nosotros. Bien pueden los otros habernos excitado, sollicitado y movido á obrar mal, este es negocio de su salvacion y no de la nuestra; pero el haber nosotros seguido sus ejemplos, escuchado sus sollicitaciones, cedido á sus promesas ó á sus amenazas, esto es el negocio de nuestra salvacion, y no de la suya.

Tercero. *El negocio de la salvacion es el único que importa;* porque este es el solo que si se gana ó se pierde, destruye la pérdida ó la ganancia de todos los otros. Si yo me salvo, todo se ha salvado y todo se ha ganado para mí.... ¿Qué me importa entonces el haber sido pobre, miserable, arruinado, despreciado, desechado, infamado, calumniado, enfermo, maltratado ó atormentado? Todo esto es nada; he aquí que yo soy salvo. Si todo esto ha contribuido á salvarme, todo esto ha sido un verdadero bien para mí. La salvacion ganada lo restablece todo, lo repara todo, lo recompensa todo; anula todos los males y encierra en sí todos los bienes. Si me he condenado siendo yo mismo el perdido, todo se ha perdido para mí. ¡Ay de mí! ¿Qué sirve á un miserable reprobo que arde en las llamas del infierno, haber poseído muchos bienes, haber nadado en las delicias, haber satisfecho todas sus pasiones haber sido alabado, aplaudido, admirado, estimado, baseado y ensalzado? Aunque hubiese podido el mundo entero, qué le sirve todo esto? La salvacion perdida trae consigo la pérdida de todas las cosas, y todo lo anula. ¡Qué locura haberse condenado por tan poco! ¡pero qué locura condenarse, no por el mundo entero, sino por un vil interés, por un placer de un momento, condenarse perdiendo á las veces, aun en este mundo, reputacion, bienes y salud!... ¡Ah! ¡somos ciertamente insensatos! ¿No tendremos, pues jamás delante de los ojos otra cosa que estu miserable y brevísima vida?

Cuarto. *El negocio de la salvacion es el único de importancia,* porque es el solo cuya pérdida no se puede reparar, ni se puede destruir el éxito.... La salvacion perdida, todo está perdido y para siempre. La salvacion ganada, todo se ha ganado, y para siempre. En los negocios de este mundo podemos reparar nuestras pérdidas, podemos ganar por una parte lo que por otra hemos perdido; así como perdemos frecuentemente en una ocasion, lo que hemos ganado en otra. No es lo mismo en el negocio de la salvacion; decidido una vez, queda decidido para siempre sin remedio, sin recompensa para el que lo ha perdido, así como lo es sin temor y sin peligro para el que lo ha ganado.... ¿Qué dará el hombre en

cambio de su alma?...” Lo que hemos perdido podemos recuperar; podemos rescatarlo, podemos volverlo á tener por cambio; pero cuando se ha perdido el alma qué se ha de dar en cambio para recuperarla? ¿qué cosa equivalente podemos dar por ella? ¿qué cosa hay en el mundo, cuyo precio pueda compararse con el de una alma? ¿pero qué se ha de dar cuando ya no nos queda nada? ¿qué es lo queda á quien ha perdido el alma? ¿no lo ha perdido todo perdiéndose á sí mismo? ¿y á quién se ha de dar? El que retiene el alma en el infierno nada pide, de nada necesita....

La pérdida del género humano por el pecado de Adán no ha sido irreparable: si el hombre perdido por el pecado nada tenía para rescatarse, Dios le dió un redentor, un reparador cuyos méritos excedieron á todas nuestras iniquidades. El cambio ya se hizo. ¡Cambio dichoso! Dios ha castigado á su Hijo (como para reparar y pagar por el hombre. La muerte temporal de este amado Hijo libró al hombre pecador de la muerte eterna. Contrato ventajoso, que es una invencion admirable de la divina sabiduría, y en que la justicia ganó y triunfó su misericordia; contrato en que el Redentor mereció una gloria eterna, las complacencias de Dios su Padre, el amor de los ángeles y de los hombres, y la adoracion de todas las criaturas; tratado en que los hombres han hallado su salvacion, el precio y el rescate de su alma y el remedio á todos sus males. Luego por grande pecador que yo sea, por grandes que sean mis pecados, no desesperaré: tengo con qué reparar mis pérdidas en la sangre de mi Salvador; tengo el precio de mis ofensas, la satisfaccion de mis pecados, y el rescate de mi alma. Pero debo advertir que sobre la tierra se derramó esta sangre, y se derrama sobre nuestros altares: que este cambio se hizo sobre la tierra, que sobre la tierra se hizo esta redencion, y que sobre la tierra mientras vivo, debo aprovecharme y aplicarme el precio; porque si muero sin haberme aprovechado, estoy perdido, porque en el infierno ya no hay redentor, ya no hay salvador, ya no hay cambio, ya no hay rescate. ¡Oh pérdida! ¡oh desgracia infinita! ¿He pensado en tí siquiera una vez? Al contrario, si me aprovecho de los beneficios de la redencion, si muero en la gracia y en el amor de Dios, yo soy salvo, y en el cielo ya no hay pecados, ya no hay peligros, ya no hay temores, ya no hay que tomar precauciones, ya no hay tentaciones que vencer.

#### PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh bien infinito! ¡oh felicidad eterna! ¡oh felicidad inalterable é inadmisible! Tú serás en adelante el único objeto de mi memoria, que dará movimiento á todas mis acciones. Amen.

## MEDITACION CXXXVIII.

## CONTINUACION DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

DE LA DECISION SOLEMNE DEL NEGOCIO DE SALVACION Ó SEA DEL DIA DEL JUICIO UNIVERSAL.

San Mat., c. XVI, v. 27, 38.—  
San Márc., c. VIII, v. 35, 39.  
—San Lucas, c. IX, v. 26, 27.

El día del juicio final será un día de gloria, un día de confusión, un día de justicia, un día de una certidumbre indubitable.

## PUNTO I.

## DIA DE GLORIA.

“Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria del Padre y con sus ángeles...” Casi jamás hablaba Jesucristo del juicio ignominioso á que se debía sujetar sobre la tierra y que le debía costar la vida, sin hablar también del día glorioso en que él mismo debe al fin de los siglos juzgar todos los hombres, para que el pensamiento de este grande día nos hiciese adorar su cruz y nos ayudase á llevar la nuestra. Jesús llama la gloria y la majestad con que comparecerá el último día, gloria suya, gloria de su Padre y gloria de sus santos ángeles. ¡Ah! si pudiésemos formarnos alguna idea de esta gloria, cuán vil y despreciable nos parecería toda la gloria de los hombres, y de qué ardor nos sentiríamos llenos para servir á tan gran rey.

Lo primero. *Jesucristo vendrá en su propia gloria*, esto es, en la gloria que le conviene como á Hijo del hombre, primogénito de los hombres y de todas las criaturas, como á Hijo de Dios hecho hombre, como á hombre-Dios, rey de los hombres y de los ángeles, rey del cielo y de la tierra, rey inmutable y eterno. Ahora, ¿qué cosa es todo el esplendor y toda la majestad que rodea al rey más grande en comparación de la de este rey de los reyes, de este Juez Supremo de todos los reyes del mundo? Y ciertamente la majestad de estos nos deslumbra, nos aterra, nos imprime respeto y temor, nos hace sumisos á todas sus voluntades y sacrificarlo todo por agradarles. Y vos, ¡oh rey de los reyes! vos sois ofendido, vos sois ultrajado, vos despreciado, vos blasfemado, vos insultado hasta en vuestros templos, en vuestra presencia y sobre vuestros altares. ¡Ah! si vibráseis á vista de estos temerarios profanadores un solo rayo de vuestra gloria, vos los veríais temblando, perdidos, anonadados delante de vos y dispuestos á ejecutar todas vuestras órdenes. Pero también se at-

morizarían vuestros propios siervos. ¡Ah! ¿cómo se atreverían á acercarse á vos, á hablaros de su amor? Por otra parte, el homenaje mismo que os ofrecerían los impíos, no sería digno de vos, sería un efecto de su terror, y vos queréis que sea solo efecto de nuestra fe. Creo, pues, ¡oh Salvador mío! esta terrible majestad, este glorioso esplendor que es propio de vos, y que para bajar á mí lo escondéis á mis ojos... Creo, y en esta fe me sujeto á vos, me declaro por vos, quiero amaros y obedeceros, como si con mis propios ojos os viese en todo el esplendor de vuestra gloria.

Lo segundo. *Jesucristo vendrá en la gloria de su Padre*. Esto es, en la gloria de que Dios lo ha revestido, como su Verbo, como su Hijo amado... Esconded ¡oh cielos! y arrollad vuestro manto, desapareced vosotras ¡oh estrellas!... ¿Qué cosa es el esplendor de que os ha adornado la omnipotencia de Dios en comparación del que ha dado á su unigénito, establecido por el heredero de todos sus bienes, por el que ha hecho todos los siglos, que es el esplendor de su gloria y la imagen de su sustancia? Dios su Padre lo ha coronado de gloria y de honor, lo ha colocado sobre todo lo criado, ha puesto á sus pies todas las cosas, y nada ha hecho que no lo haya sujetado á él. Los ángeles mismos han recibido orden de adorarlo y reconocerlo por su criador y creador del universo. Tal aparecerá Jesús en la gloria y en la majestad de su Padre. Dichoso, pues, en aquel día el que lo habrá servido, adorado y amado.

Lo tercero. *Jesucristo vendrá en la gloria de sus santos ángeles*. Una corte numerosa y brillante hace la gloria de los reyes, hace conocer su grandeza y manifiesta su poder; ¿y qué diferencia entre la corte de los reyes de la tierra y la del rey del cielo? Aquellos hombres débiles y mortales, no tienen para formar su corte sino hombres débiles y mortales como ellos; pero el Hijo del hombre, Jesús, el hombre-Dios tiene por cortesanos y por ministros los ángeles inmortales de quienes uno solo tiene más conocimiento, fuerza y poder que todos los hombres juntos. Los reyes de la tierra, pecadores y sujetos al pecado, pero Jesús en su corte solo tiene ángeles santos de quienes son santos todos los pensamientos, todos los afectos, todas las acciones.

Los reyes de la tierra tienen en su corte los propios súbditos á quienes han hecho gracias, dado empleos y dispensado sus favores; pero no les han dado el ser ni las cualidades del espíritu y del cuerpo que los hagan recomendables; la corte de Jesús está compuesta de solos ángeles suyos, y de tal suerte suyos, que él mismo los ha criado, los ha dado la inteligencia sublime y aquel vasto poder por el que son en gran manera superiores á los hombres. Ellos reconocen que por él única-

1 Ad Hebr., c. I.

mente existen, que sin él son nada, que de él lo han recibido todo, que él es su Dios, su Criador, su Señor, y que deben emplear todo lo que son y lo que tienen en los intereses de su gloria y en honor de su servicio. ¿Y cuál es, pues, el número de estos bienaventurados espíritus, atentos y prontos á ejecutar las órdenes de su soberano? El número es innumerable, y san Juan en su Apocalipsis habla del número de los que ha visto, diciendo que millares de millones rodeaban su trono... ¡Oh rey de la gloria, y cuán grande sois, cuán grande compareceréis en el último día! ¿Quién, pues, no os temerá, quién no os servirá y no temblará de disgustaros, y quién no despreciará cuanto hay sobre la tierra por unir-se únicamente á vos y á vuestro santo servicio?

## PUNTO II.

## DIA DE CONFUSION.

“Y quién se avergonzará de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando vendrá...” con su majestad...” Jesucristo en este grande día cubrirá de confusión y se avergonzará de reconocer aquellos que se han avergonzado de él, que habrán tenido vergüenza de declararse en su favor, esto es, de practicar su Evangelio y de sujetarse á su ley. Ahora, de estos se pueden distinguir tres especies...

Los primeros desean á Jesucristo y su Evangelio por amor de este mundo, de sus placeres y de sus grandezas. Prefieren la satisfacción presente de sus pasiones á la esperanza de los bienes venideros; el esplendor transitorio de este mundo corrompido á toda la gloria del futuro siglo. No les mueven las promesas ni las amenazas de Jesucristo, no tienen ánimo para fiarse de él y renunciar sobre su palabra, los falsos bienes de esta vida mortal para merecer la verdadera felicidad de la vida eterna. Y ¡oh cuál será su confusión cuando vean á Jesucristo en su gloria y comprendan las consecuencias de la elección insensata que hicieron! Comparen ahora el mundo que han amado con aquel nuevo que se presenta á sus ojos. ¿Qué cosa ha venido á ser, me parece que digan, en qué ha parado aquel mundo pecador, adúltero y corrompido, que vivimos en la mayor grandeza de su esplendor?

Los segundos tienen vergüenza de Jesucristo delante de los hombres, y no tienen ánimo para practicar su Evangelio por respeto humano. Ahora hacen traición á la fe, ahora la hacen á la virtud, quieren perder su fortuna, su reposo y su reputación. Quieren ser como los otros, no quieren distinguirse; dejan de hacer el bien por te-

1 Apoc., c. V, v. 11.

mor, y hacen el mal por complacencia. Conviene hallar y obrar como los otros, para evitar los discursos malignos, los dichos y las correcciones de los otros. A vista de una tal conducta la conciencia murmura, pero los hombres la aplauden... ¡Qué hombres, Dios inmortal! ¡qué aplausos! ¡Ah! no dudeis insensatos, vendrá Jesús en su gloria creado de sus ángeles; entonces reprobará, condenará y desechará con oprobio á vosotros, hombres perversos, que ahora os hacéis temer, y á todos aquellos viles desertores que os habrán temido.

Tercero. *Los terceros son aquellos que se avergonzaron de someterse á la ley de la penitencia*. La vergüenza que tienen estos de Jesucristo y de sus preceptos, no es en presencia del mundo y á los ojos de los hombres, sino solamente á sus propios ojos y delante de un hombre solo, á cuyos pies no tienen valor de humillarse y hacer la confesión sincera de sus culpas para obtener el perdón. ¡Maldita vergüenza! ¿Es posible que tú impidas cada día tantas conversiones y pongas el colmo á los pecados en el lugar mismo en que se debían borrar? ¡Ay de mí! aquella alma estaba movida de Dios, ahogada de sus desórdenes, arrepenida de sus pecados; bastaba solamente una palabra y quedaba limpia; no ha tenido valor, ha temido más á un hombre que á Jesucristo, ha preferido la estima de un hombre al amor de Jesucristo; su orgullo y su vileza la han detenido en sus cadenas, y sus lazos se han multiplicado y ni aun los ha roto la misma muerte. ¡Ah! ahora estos pecados están expuestos al grande día; comparecen con toda su abominación á los ojos de Jesucristo y de todos sus ángeles. ¿Dónde os escondereis ahora, oh viles? ¿dónde os abismaréis? ¿dónde os aniquilaréis? ¡Ah! mientras estamos á tiempo, profesemos nuestra fe, practiquemos nuestra ley con un valor digno de aquel que es el autor, y que un día, á los ojos del universo, será su juez y su remunerador glorioso.

## PUNTO III.

## DIA DE JUSTICIA.

“Y entonces dará á cada uno según sus obras...” Pesemos estas cuatro palabras.

Primero. *Entonces*. No nos sorprenda la injusticia que vemos reinar sobre la tierra. El reino de la justicia no es este, se tiene alguna idea de ella, pero faltan las luces, el poder, y muchas veces la voluntad de ejercitarla. La gloria y las recompensas se dan muchas veces á aquellos que menos las merecen, mientras que los que son más dignos quedan burlados y abandonados al desprecio y á la opresión. ¡Pero ah! no demos quejas inútiles de este desorden, pensemos solamente á no cometerlo, sufrámoslo pa-

cientemente, lo sufre Dios mismo. Vendrá su día y entonces reparará la injusticia y restablecerá el orden. No busquemos nuestra recompensa en este mundo; en vano la buscaríamos, y cuanto hiciésemos por una recompensa temporal, nos haría perder la eterna. Esperemos con paciencia el tiempo de Dios, remitámonos á la nuestra causa, y entonces no será vana nuestra expectación.

Segundo. *Dará.* ¿Quién? Jesucristo mismo que aquí nos lo asegura, nuestro Dios y nuestro Salvador. *Dará* como Dios y como Salvador á los buenos que lo han servido y amado una felicidad para en su gozo, inmensa en su grandeza, eterna en su duración; á los malos que lo habrán despreciado y ultrajado, un suplicio incomprendible en su naturaleza, infinito en su extensión, eterno en sus efectos.

Tercero. *A cada uno.* A los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los sabios y á los ignorantes, al soberano y al último de los subditos. *A cada uno* en particular, distintamente, separadamente; no confusamente á una nación, á una generación, á un orden, á una sociedad, á una congregación; sino *á cada uno* de cada nación, de cada orden, de cada sociedad; á mí en particular, y considerado solo sin alguna otra relación. Ya no habrá mas protecciones, ya no habrá socorros, ya no habrá cábalas; *cada uno* de por sí y nada mas.

Cuarto. *Segun sus obras.* No segun su dignidad, su espíritu, sus talentos, su nacimiento y su reputación; sino *segun sus obras*, tales cuales son en sí mismas, no como las han visto los hombres, alabado, vituperado, encomiado ó desacreditado; *segun sus obras*, tanto particulares como públicas, tanto las mas secretas como las mas conocidas; *segun sus obras*, esto es, segun sus pensamientos y sus palabras, segun sus acciones y sus deseos; *segun sus obras*, con todas sus circunstancias, segun su grado de bondad ó de malicia, segun la intención de que habrán ido acompañadas, y con todas las consecuencias que habrán tenido. ¡Oh Dios mio! ¿dónde me esconderé en aquel gran día? ¿qué otra cosa encontraréis en mí sino obras de abominación y de reprobación? ¡Infeliz! No he comenzado aun á hacer obras buenas. ¡Ah! despiértate de tu mortal letargo, ¡oh alma mía! demos principio ahora; desde este día trabajemos para el último, y no lo perdamos jamás de vista en todas nuestras obras.

#### PUNTO IV.

DÍA DE UNA CERTIDUMBRE INDEBUTABLE.

Siñ referir aquí las pruebas que pueden traerse del fondo de nuestro corazón mismo, del desorden que reina aquí en la tierra, de la necesi-

dad de una justicia y de la naturaleza del mismo Dios, estemos á las palabras de Jesucristo... "Y les decía: os digo en verdad, que de los que están aquí hay algunos, que no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios que viene con majestad... antes que vean al Hijo del hombre venir en su reino..." Jesús, para confirmar cuanto había dicho ahora de la gloria de su última venida al fin de los siglos, predice á su auditorio los acontecimientos mas corraños y conelaje este discurso con asegurarles que algunos de ellos no morirán sin haberlos visto. Esta predicción se cumplió con tres célebres sucesos.

Primero. *La trasfiguración á que asistieron tres apóstoles*, y que sucedió seis días después de este discurso.

Segundo. *La predicación pública del Evangelio*, por la fuerza y por la virtud del Espíritu Santo que bajó sobre los Apóstoles en el mismo año.

Tercero. *La victoria del Evangelio* sobre la incredulidad de los judíos, el establecimiento de la religión cristiana sobre la ruina de Jerusalem, del templo y de su culto por la virtud de Jesucristo, y los prodigios que anunciaron el éxito feliz de la empresa de los romanos contra la nación infiel y deicida. Este hecho acaeció cerca de cuarenta años después de este discurso el año setenta de Jesucristo. San Juan apóstol vivió mas de treinta años después, y por consiguiente muchos de aquellos que oyeron aquí la predicción, pudieron como él ser testigos, y al ver el suceso, llamar á la memoria las palabras de Jesucristo que lo habían anunciado. Pero nosotros que reconocemos á Jesucristo, que lo vemos y lo adoramos reinante en su Iglesia; nosotros que vemos su reino establecido con innumerables prodigios de su divina omnipotencia y su Iglesia subsistente ya por tantos siglos; nosotros que vemos la nación judaica errante y dispersa, arastrando por todas partes el oprobio de su delito y de su reprobación, no pudiendo ir á lugar alguno sin ver reinar al que ella ha recusado por su rey; nosotros, que somos testigos de tantas maravillas ¡podremos no creer, no esperar con una entera certidumbre la última venida de aquel que prediciéndola ha predicho todo lo que vemos con nuestros ojos? ¿y si lo creemos podemos no prepararnos con todas nuestras fuerzas posibles?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! ¿qué cosa tenéis mas capaz para animarme á abrazar vuestra cruz, á ser y á comparecer vuestro discípulo, á practicar vuestras máximas, á vivir una vida verdaderamente cristiana que esta certidumbre de vuestra venida, que la fe en que estoy de que un día vendreis á pronunciar segun nuestras obras la sentencia de una vida ó de una muerte eterna! ¿qué consolación entonces para mí si tuviese la dicha de encon-

trar en mí juez á aquel á quien yo habré procurado conformarme durante la vida! Concededme esta gracia, ¡oh Salvador mio! para participar del testimonio glorioso que dareis un día á vuestros santos en presencia del mundo entero. Amen.

#### MEDITACION CXXXIX.

DE LA TRASFIGURACION DE JESUCRISTO.

S. Mat., c. XVII, v. 1, 8.

—S. Marc., c. IX, v. 1, 7.

—S. Lucas, c. IX, v. 28

y 36.

Consideremos aquí primero, á Jesucristo; segundo, á Moisés y Elias; tercero, á los apóstoles; cuarto, las palabras de Dios que se dejaron oír.

#### PUNTO I.

DE JESUCRISTO.

Lo primero. *Las disposiciones que preceden para la trasfiguración.* "Y seis días después tomó Jesús consigo á Pedro, á Jacobo, y á Juan su hermano, y los llevó separadamente sobre un alto monte... para orar..."

Jesús eligió solamente tres de sus apóstoles para que fuesen testigos de su trasfiguración... Las visiones y las revelaciones no se han concedido á todos los santos, sino solamente á algunas almas privilegiadas, segun el gusto y el querer del Señor... Alegrémonos con estos santos apóstoles, de que el Señor los haya elegido para manifestarles su gloria; pero guardémonos de desear nosotros semejantes favores; antes juzguémoslos verdaderamente indignos de ellos: pidamos solamente por medio de su intercesión la gracia de aprovecharnos de las maravillas que ellos han visto y de estar como ellos, penetrados de las grandezas de Jesucristo y del esplendor de su gloria.

Segundo. *Jesús los conduce sobre un alto monte que la tradición ha llamado siempre Tabor.* Si como algunos han pretendido, no había montaña alguna de este nombre en los contornos de Cesarea hácia el nacimiento del Jordan en donde Jesucristo había hecho la precedente instrucción, se podría presumir que los seis días pasados completamente ó cerca de ocho, después de la instrucción, eran un tiempo mas que suficiente para poder ir el Salvador al Tabor, montaña situada sobre los confines de Galilea y de la Samaria. Sea esto como se fuese, Jesucristo obró la mayor parte de sus grandes misterios sobre las montañas, para mostrar la elevación del corazón sobre las cosas terrenas, sin lo que no podemos

meditar tílmente, ni gustar estos mismos misterios y sacar provecho de ellos.

Tercero. *Jesús se puso en oración y en la oración misma le confirió Dios su Padre el honor y la gloria y dió testimonio de su suprema autoridad.* Cuando se apartó de este modo, segun su costumbre, para orar, era sin duda la tarde, y parece que este magnífico portento haya sucedido de noche. Jesús se nos manifiesta á nosotros solo en silencio y en la oración. Si fuésemos fieles á este santo ejercicio ¡cuántas luces no adquiriríamos sobre las grandezas de Jesús y sobre la necesidad de obedecerle!

Lo segundo. *¿En qué manera se trasfiguró Jesús?* "Y mientras estaba en oración... en su presencia se trasfiguró... el aire de su rostro apareció del todo diverso... su rostro era luminoso como el sol... y sus vestidos se hicieron resplandecientes y en extremo blancos como la nieve, de suerte, que ningún tintorero sobre la tierra los puede hacer tan blancos..."

Primero. *Del resplandor de su rostro...* Su rostro parecía otro del todo diverso y que nada tenía de terreno. Apareció todo lleno de rayos de gloria y resplandeciente como el sol. La luz divina que salía de él, esparcía bien lejos rayos brillantes, cuyo esplendor igualmente vivo y lleno de dulzura encantaba los ojos sin deslumbrarlos. ¡Oh agradable espectáculo! ¡felices los ojos que os vieron ¡oh Señor! en vuestra gloria! Despertad, pues, ¡oh bellezas terrenas! ¡qué cosa sois vosotros? Lodo, ceniza, polvo, en comparación de Jesús mi Salvador. ¡Oh corazón mio! si el resplandor y la belleza tienen para tí tanto aliciente, únete á Jesús, ama únicamente á Jesús, á Jesús, que es el resplandor de Dios y la imagen de su sustancia. Tal y mil veces mas brillante aun lo verás en el día en que juzgará el universo y cuando lo poseerás en la bienaventurada mansion de la eternidad.

Segundo. *Del resplandor de sus vestidos.* Sus vestidos aparecieron resplandecientes y de una blancura igual á la de la nieve; este enlace de luz y de blancura encantaba sin duda los ojos y formaba el color mas admirable. No, no hay arte sobre la tierra que pueda igualar su gracia, su esplendor y su belleza. En vano el lujo se consume en gastos y en buscar invenciones para deslumbrar nuestros ojos y sorprender nuestros corazones. Una y junto cuanto el arte y la naturaleza puedan suministrarle; á los colores mas brillantes una las riquezas del oro y el resplendor de las piedras; ¡qué cosa es todo esto sino un monton de materia grosera y corruptible, una composición frívola y pueril que antes sirve para corromper el corazón que en esto se complaee y que lo admira?

Tercero. *Gloria de su alma.* Todo este resplandor exterior y bizarro de que Jesucristo fue rodeado, no era otra cosa que una ligera emanación de la gloria celestial de que gozaba su alma

bienaventurada, admitida á la vision intuitiva de Dios desde el primer momento de su creacion y de su union sustancial con el Verbo . . . . No es así el esplendor que se procuran los hombres. ¡Oh cuánta negrura y vergüenza esconde muchas veces! ¡oh y cuán horrible es á las veces el alma en un cuerpo dotado de todas las cualidades exteriores y decorado de un hábito resplandeciente! ¡y cuán insensato es aquel que fija sus ojos sobre este vano esplendor y apega á él su corazón! Pero feliz aquel que se llega á vos, ¡oh Jesús! Vuestra gloria no es extraña ni la habeis tomado prestada; ella es propia vuestra, es natural, la tenéis escondida durante vuestra demora en la tierra, para podernos instruir y morir por otros; la habeis mostrado una vez para sostener nuestro ánimo y animar nuestra esperanza; vos os escondéis tambien en nuestro Sacramento para ser nuestra comida, pero os manifestaréis todo entero en nuestro reino para ser nuestra bienaventuranza. ¡Oh cuántos motivos para amaros! ¡oh corazón mio, despréndete, pues, para siempre de la tierra, para amar solo á Jesús, para esperar solo en él y para aspirar únicamente por él!

## PUNTO II.

DE MOISÉS Y ELÍAS.

Primero. *De su aparición.* "Y he aquí que dos hombres hablaban con él; y estos eran Moisés y Elías . . ." Moisés el legislador de los judíos y Elías el padre de los profetas, vienen á rendir homenaje y al mismo tiempo á dar testimonio al que es el fin de la ley y de los profetas; al que hace suceder la verdad á las sombras y á las figuras de la ley, y los sucesos á las promesas y á las predicciones de los profetas . . . . Todas las cosas te adoren, ¡oh Jesús! todas te rindan homenaje. Vos sois el fin de todas las cosas y todas se refieren á vos. Prometido desde el principio del mundo; anunciado hasta el tiempo de vuestra venida; predicado en todo lugar después de vuestra vuelta al cielo, vos sois el autor y el consumidor de la fe de todos los siglos.

Segundo. *De su gloria.* "Los cuales aparecieron con gloria . . ." esto es, revestidos del esplendor de Jesucristo y con aquel aire de grandeza y aquel venerable aspecto que los hacia ser respetados cuando vivian sobre la tierra y por los que son aquí conocidos de los apóstoles. Cuanto mas nos acercamos á Jesucristo con la meditación de sus misterios y con la imitación de sus virtudes, tanto mas participamos de su gloria.

Tercero. *Sus discursos.* "Discurrían de su partida" la que, estaba para seguirse en Jerusa-

1 La muerte no menos entre los griegos que entre los

len." Discurrían con Jesús, y de qué hablaban estos en este estado glorioso? De la muerte que debía sufrir en Jerusalem y por la que debía cumplir la voluntad de su Padre, la salvación de los hombres, las figuras de la ley y los oráculos de los profetas, sin dispensarle ni ahorrarle circunspectancia alguna ó de ignominia ó de crueldad. ¡Oh Jesús! Este este acaso un argumento que pueda agradaros y de que estiméis discurrir con vuestros amigos aun en medio de vuestra gloria? ¡Ah! Lo comprendo, ¡oh Salvador mio! Hablaros de vuestra muerte es hablaros de vuestro amor (y por qué yo ingrato no os hablo incesantemente de ella? ¿yo que he sido el objeto de este grande amor y recojo todos sus frutos? . . . .) Por qué cuando asisto al sacrificio que me recuerda esta muerte no estoy del todo penetrado de ella, ocupado en ella ó inflamado todo por ella? ¡Oh muerte! ¡oh pasión! ¡oh exceso de amor! ¿no os pagaré yo jamás sino con un exceso de ingratitud?

## PUNTO III.

DE LOS APÓSTOLES.

Primero. *De su sueño.* "Mas Pedro y los que se hallaban con él estaban agravados del sueño . . ." Luego que habiendo llegado á la montaña comenzó Jesús á ponerse en oración, se puso con él tambien sus tres confidentes; pero bien presto cansados de las fatigas se dejaron sorprendidos del sueño, que les impidió ver el principio de la trasfiguración, y les hizo perder una parte de aquel magnífico espectáculo; pero Jesús excusó su flaqueza y no permitió que fuesen enteramente privados de él. ¡Ay de mí! ¡Cuántas gracias, y cuántas luces de que otros mas fervorosos que nosotros tienen la dicha de gozar, nos hace perder á nosotros el sueño! Si es un sueño de flaqueza y debilidad ó de cansancio, bien quiere Jesús perdonárnoslo; pero si es un sueño de pereza, de pusilanimidad, de tibieza, de disgusto, de olvido de Dios, de fastidio que nos causa su servicio, no debemos maravillarnos si no somos iluminados en las verdades de la salvación, y en los misterios de Jesucristo, si no tenemos de ellos algun sentimiento, ni algun gusto. Despertemos, pues, de un tan funesto sueño; volvámos á emprender el ejercicio del recogimiento y de la oración; seremos iluminados.

Segundo. *Despiertan los apóstoles.* "Y despertándose vieron la majestad de él, y á los dos hombres que estaban con él . . ." ¡Cuál fué, pues, su sorpresa! ¡O de qué sentimientos de espanto, de júbilo y de admiración fueron agita-

dos cuando vieron la gloria y la majestad del Salvador en medio de aquellos dos venerables personajes que estaban con él! ¡Cuál será nuestra sorpresa al salir del sueño de esta vida! ¡Cuál será el terror y la desesperación de un pecador cuando sentirá el peso de aquella majestad que habrá ultrajado, y de aquel poder que habrá despreciado! . . . . ¡Cuál será el júbilo y la admiración del justo cuando verá la gloria de su Salvador, que habrá adorado, amado y servido, y quiere hacerlo participante de la misma gloria! . . . . ¡Cuál será la sorpresa de todas las criaturas al general despertarse en el día de la resurrección universal, cuando verán á Jesús, con el esplendor de los santos venir en la majestad de Juez supremo para decidir de su eterna suerte! ¡Oh Jesús! antes de aquel terrible día despertad mi alma de su sueño, para que os conozca, os sirva y os ame.

Tercero. *De las palabras de san Pedro.* "Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quieres hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, uno para Moisés y uno para Elías . . . . Porque no sabía lo que se decía; porque estaban aturridos por el miedo . . ." Después de haber contemplado los apóstoles á su gusto el esplendor y la majestad de su divino maestro, y después de haber oído su discurso con Moisés y Elías, comprendieron que estos estaban al punto de separarse de él. Entonces Pedro, siempre impetuoso cuando se trata de la gloria de Jesucristo, exclamó: Señor, Señor, seremos ciertamente dichosos si nos permitis estar aquí con vos. Consentid que levantemos en este lugar tres tabernáculos: uno será para vos, el segundo para Moisés, y el tercero para Elías . . . . Pero Pedro, como tambien sus compañeros, agitado de varios movimientos de sorpresa, de temor, de admiración y de júbilo, todo de un golpe, lleno de espanto, deslumbrado y encantado de la grandeza y de la novedad del espectáculo, no era señor de sí mismo y no sabía lo que se decía. La tierra por el que se nos hace Dios sentir la dulzura de su presencia, es un favor pasajero que no se nos concede sino para animarnos á trabajar y á sufrir por él.

## PUNTO IV.

DE LA VOZ DE DIOS.

Y estando él aun hablando, he aquí que una nube resplandeciente los cubrió y he aquí una voz de la nube que dice: esto es mi Hijo amado, en el cual yo me he complacido mucho; escuchadlo á él. Y oído esto, los discípulos cayeron boca abajo, y tuvieron gran temor . . . .

Primero. *Del temor que causó á los apóstoles*

esta voz. Apenas habia hecho Pedro su petición, se presentó á sus ojos un nuevo espectáculo. Una nube resplandeciente apareció sobre sus cabezas y arrebató por algun tiempo sus ojos y su admiración. Esta nube luminosa se bajó lentamente hácia la tierra, y envolviendo á Jesús con ellos como bajo de un brillante pabellon, se hallaron revestidos de ella. A esta vista creció el temor de los apóstoles y lo que le puso el colmo fué una voz celestial y majestuosa, que saliendo de la nube se dejó oír distintamente á sus oídos. Cediendo ellos entonces al temor que los habia sobrecogido, cayeron con el rostro á tierra no sabiendo qué cosa seria de ellos. ¡Ah, Señor! Si vuestra voz es tan terrible á vuestros amigos que quiere instruir, ¿qué cosa será á vuestros enemigos cuando vendrá á condenarlos?

Segundo. *De las palabras que profirió esta voz.* He aquí las palabras de Dios mismo, salidas del seno de su gloria y enderezadas á todos los hombres, dándoles á Jesucristo por maestro . . . . "Este es mi Hijo amado, en el cual yo me he complacido . . ." en el cual he colocado todo mi afecto, en el cual hallo todas mis delicias; escuchadlo á él . . . . "con aquella sumisión y docilidad que tiene derecho á esperar de vosotros el maestro que yo doy al universo . . . . En este oráculo tenemos nosotros una instrucción y un precepto; una instrucción que nos enseña, que á los ojos de Dios ninguna cosa es grande, ni buena, ni estimable, ni digna de su atención, de su aprobación y de su amor fuera de Jesucristo, fuera de lo que está unido á Jesucristo, que se hace por Jesucristo, y por medio de su espíritu y de su gracia: que todo aquello que está fuera de Jesucristo, todo aquello que se llama grandeza y gloria mundana, sea de la especie que se fuese, es nada delante de Dios: que de todo esto no se hablará en toda la eternidad, no siendo otra cosa por lo comun, que pecado y abominación á sus ojos. ¡Regulamos nosotros nuestra estima por esta instrucción? En este oráculo tenemos tambien un precepto, por el que se nos manda escuchar á Jesucristo, creer su doctrina, practicar su ley, imitar sus ejemplos, adquirir su espíritu y seguir sus máximas . . . . Ahora pues, ¿es Jesucristo á quien nosotros escuchamos? ¿no es por ventura el demonio, el mundo, nosotros mismos, nuestro capricho, nuestras pasiones? ¿escuchamos nosotros á Jesucristo cuando nos dice que renunciemos á aquel pecado, que rompamos aquel hábito, que resistamos aquella pasión, que sofocemos aquel movimiento de nuestro corazón, que reprimamos nuestros sentidos, que contengamos nuestra vista, que refrenemos nuestra lengua? ¿cuando nos dice que huyamos la disipación, que estemos en el recogimiento, que atendamos á la oración, á la lección de los libros santos, á la meditación? ¿no nos sofocamos acaso su voz, ó nos tapamos las orejas para no oirla? ¿y quién sabe si acaso le resistimos abiertamente cuando lo

oimos: Y si es así, ¿cómo nos trevemos a presentarnos delante de Dios ultrajado? ¿cómo seremos acogidos de él?

Tercero. *Del fin que tuvo este espectáculo.* Pero Jesús se acercó; y los tocó, y les dijo: alzad los ojos, y alzad sus ojos... mirando al rededor no vieron ya á ninguno, sino solamente á Jesús... Luego que cesó la voz, se acabó todo el espectáculo; la nube se disipó, desaparecieron Moisés y Elías, y Jesús volvió á tomar su forma ordinaria: en tanto los apóstoles se estaban siempre postrados en tierra, no atreviéndose á levantar los ojos. Pero el divino maestro se acercó con bondad á ellos, les tocó y les dijo: "Levantaos y no temáis..." Confortados con la palabra del Salvador, se alzaron, y habiendo mirado á todas partes, no vieron ya con ellos sino solo á Jesús, restituido á su estado ordinario... Afortunado el que oyere decir á Jesús: "Alzate, no temas..." Afortunado el que está con Jesús, y el que en todas las cosas y en todos los lugares no ve otra cosa que con Jesús, y obra solamente por Jesús.

#### PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! vos sois mi único maestro. ¡Y qué suerte mas feliz para mí que ser vuestro discípulo! Haced que escuche con docilidad á vos y á la Iglesia, por medio de la cual vos me habláis. Haced que jamás escuche voces opuestas á la verdad, que con certeza crea todo lo que me habeis enseñado y que lo practique todo segun vos me lo mandais. Haced que viva en continua expectation de aquel dia, en que reformaréis este vil cuerpo mio, para hacerlo semejante á vuestro cuerpo glorioso, y para hacerme participante de la felicidad de que nos habeis ver la muestra en vuestra gloriosa trasfiguracion. Amen.

#### MEDITACION CXL.

##### DISCURSO DE JESUCRISTO CON SUS TRES APOSTOLES AL BAJAR DEL TABOR.

S. Mat., c. XVII, v. 9, 12.—  
S. Marc., c. IX, v. 8, 12.—  
S. Luc., c. 9, v. 34.

Observemos: primero, la prohibicion que Jesucristo hace á sus apóstoles; segundo, la pregunta que los apóstoles le hacen á Jesucristo; tercero, la respuesta que les da el divino Salvador.

#### PUNTO I.

##### DE LA PROHIBICION QUE JESUCRISTO HACE Á SUS APOSTOLES.

"Y bajando ellos del monte, les mandó Jesús diciendo: no digais á alguno lo que habeis visto,

hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos..."

Primero. *Razon de esta prohibicion.* Es probable que Jesucristo haya hecho esta prohibicion, para no exponer la verdad de un tan grande portentó á la incredulidad, á las dudas y á la critica, principalmente á las coyunturas en que la malignidad de los judíos lo convertia todo en veneno, y en que los apóstoles mismos, todavía groseros é imperfectos, no gustaban las cosas de Dios, sabiendo bien el divino maestro, que volviendo él á la morada de su gloria y comunicado su espíritu á sus discípulos y esparcida sobre ellos la plenitud de sus luces, su testimonio no admitira ya dificultad alguna y seria convincente.

Segundo. *Obediencia de los apóstoles á esta prohibicion.* "Y ellos callaron, y no dijeron en aquellos dias á ninguno nada de las cosas que habian visto..." Los apóstoles observaron el secreto sobre cuanto habian visto, por todo el tiempo en que se les habia prohibido hablar. Para observarlo no tuvieron acaso que hacerse mucha violencia: los acontecimientos extraordinarios que se sucedian los unos á los otros, las dificultades, las cuestiones, la perturbacion misma que entre ellos se excitaban de la mayor parte de los discursos de Jesucristo, los ocupaban de tal manera, que parecia que se hubiesen ellos mismos olvidado del grande espectáculo que se les habia mandado tener en secreto. Pero se acordaron después de la resurreccion: y ¡oh con qué efusion de corazon hablaban entonces!...

"Y hemos visto (dice san Juan desde el principio de su Evangelio) su gloria: gloria como la del Unigenito del Padre..." Y san Pedro en su segunda carta exclama: "No por haber dado nosotros crédito á fábulas sutiles (como son las de los gentiles, y tambien muchos de los hebreos) os hemos expuesto la virtud y la venida del Señor nuestro Jesucristo, sino por haber sido testigos de vista de la grandeza de él. Porque recibí él el honor y la gloria de Dios Padre, habiendo bajado á él de la majestuosa gloria aquella voz: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido, escuchado: y esta voz proveniente del cielo la oimos nosotros mientras estábamos con él sobre el Monte Santo..." ¡O alma mia, he aquí pues, el Dios á quien esperas! ¿cuál debe ser tu júbilo, tu fervor, tu amor al servicio de un Señor tan grande y tan tierno?

Tercero. *Embarazo de los apóstoles sobre esta prohibicion.* "Y (ellos) tuvieron la cosa en sí, investigando entre sí, que quiere decir, cuando biese resucitado de entre los muertos..."

No era la prohibicion que les habia hecho Jesucristo de decir lo que habian visto lo que los embarazaba, era bien sí, la permission que les daba de publicarlo después que hubiese resucitado

- 1 San Juan, c. I, v. 14.
- 2 San Ped. ep. II, c. I, v. 16 y 18.

de la muerte... A estas últimas palabras, nada creian absolutamente; oían bien que Jesucristo restableciera el reino de Israel, que él seria su rey, que se haria reconocer por tal: pero no se imaginaban que esto pudiese ser después de su muerte; y de hecho, ninguno jamás ha formado un semejante proyecto de reinar. Sabian bien que todos los hombres debian resucitar al fin del mundo; pero Jesús les hablaba de su resurreccion como de un suceso próximo y á que debian ellos sobrevivir; y esto era para ellos un nuevo motivo de embarazo y de nuevas cuestiones que no podian resolver. ¡Ah, qué ciegos somos en las obras de Dios, si no nos ilumina la fe! ¡Oh y cuán elevados son sobre nuestras débiles luces los caminos de Dios! No, no; la religion cristiana no es una invencion humana, no es un compuesto de doctas fábulas, estudiado y ordenado por el espíritu del hombre. Por todas partes se siente la majestad del Ser supremo, la sabiduria y la potencia de aquel que ha criado el mundo, regulado la duracion de los tiempos y dispuesto de todos los acontecimientos como de todas las partes del universo.

#### PUNTO II.

##### DE LA PREGUNTA QUE HACEN LOS APOSTOLES Á JESUCRISTO.

"Y le preguntaron diciendo: ¿Por qué, pues dicen los fariseos y los escribas que debe venir primero Elías...?"

Primero. *De su prudencia.* Las últimas palabras de Jesucristo eran la ocasion del embarazo de los apóstoles, no entendiendo ellos lo que les decía de su resurreccion; con todo eso, no le preguntan sobre esto. El respeto que le tienen los contiene. El es su maestro, y él es el que ha hablado, él sabe hasta qué punto debe iluminarlos é instruirlos, y ellos no tienen por conveniente el preguntarle mas. Imitemos su prudencia cuando en la enseñanza de la Iglesia ó en el texto de los libros santos se halla cualquiera oscuridad, cualquiera dificultad; es Dios nuestro Padre, es la Iglesia nuestra madre quien nos habla; escuchemos con docilidad y respeto. Tantas preguntas como tantos quieren acumular, son por lo comun efecto de temeridad, de la presuncion, del orgullo y tal vez tambien de la incredulidad y de la apostasia.

Segundo. *Del objeto de su pregunta.* El objeto fué la doctrina que enseñaban los fariseos y los escribas en orden á Elías. Estos falsos doctores, enemigos de Jesucristo y de su reino, abusaban de la profecía de Malaquías: en que Dios dice: "mirad:" que yo enviaré á vosotros al pro-

- 1 Masch. c. IV, v. 5.

feta Elías, antes que venga el dia grande y tremendo del Señor..." Sobre que ellos decian: Elías no ha aparecido; Dios no lo ha enviado, por consiguiente aquel Cristo que vosotros escuchais y seguís, no es el Mesías bajo del cual debe venir el grande y terrible dia del Señor, de que habla el profeta. Nunca faltarán de estos falsos doctores que interpretarán la Escritura á su gusto conforme á sus prevenciones, á su animosidad y á sus pasiones. A Jesucristo toca darnos la inteligencia de las Escrituras; esto es, á su Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, es obligacion nuestra consultarla y escucharla. Cuando esta ha hablado, ya no hay mas preguntas que hacer.

Tercero. *De la ocasion de esta pregunta.* Los apóstoles la propusieron en estos términos: "Por qué, pues, los fariseos y los escribas dicen que debe venir primero Elías..." Esta pregunta podia tener relacion con la aparicion poco antes hecha de Elías; y en este sentido los apóstoles habrian preguntado si esta aparicion era por ventura, el cumplimiento de lo que decian los escribas y de lo que habia dicho el Profeta. Ella podia tambien tener relacion con la prohibicion que se les habia hecho de hablar de la vision que habian visto; como si hubiesen dicho si nos fuese lícito hablar, podríamos responder á los fariseos, que Elías ha venido, y que nosotros lo hemos visto ¿deberemos pues, dejarles decir que Elías, no ha venido, y no responderles? Finalmente podia tener relacion con el retiro de Elías, como si los apóstoles hubiesen dicho: Elías se ha dejado ver solo por un instante; después se ha desaparecido. ¿Qué es lo que nosotros debemos pensar de lo que dicen los fariseos y los escribas? ¿Se engañan estos, ó es cierto que volverá efectivamente Elías antes que vos restablezcáis el reino de Israel? Cuantas mas luces nos comunica Dios, tanto mayores dificultades encontramos, que somos incapaces de desatar. Podemos proponer nuestras dudas, pero con moderacion, sin pretender saberlo todo; con respeto y con humildad, y no para contradecir y disputar, y finalmente con prudencia, enderezándonos solo á aquellos que Dios nos ha dado por maestros aprobados por la Iglesia, y no á aquellos que esta condena y desecha.

#### PUNTO III.

##### DE LA RESPUESTA DE JESUCRISTO Á LOS APOSTOLES.

Primero. *De la futura venida de Elías.* "El les respondió y dijo: Elías en verdad ha de venir y restablecerá todas las cosas... y como está escrito del hijo del hombre, debe padecer mucho y será despreciado..."

Esto es verdad que Elías ha de venir primero: que de él está escrito, que á su llegada trabajará para renovar en los hombres la primera inocencia, para llamar los hijos á la piedad de los padres y para volver á poner en su vigor la práctica de la penitencia, de la fe y de todas las virtudes; pero no os imaginéis que lo deba hacer sin ser despreciado de los hombres, sin sufrir muchos insultos y sin estar expuesto á muchos malos tratamientos. Destinado á preparar los caminos del Cristo, debe tener una suerte igual á la suya. Pero este Elías que debe venir antes que yo y disponer los hijos de Israel al establecimiento de mi reino, este Elías ha venido en la persona de Juan Bautista.... He aquí en qué consistía el error de los escribas: se atenían solamente á la letra y entendían de la persona misma de Elías, lo que se debía entender únicamente del Espíritu y de la virtud de Elías. Sea como se fuese, hay mas de curiosidad que de provecho en indagar lo que sucederá al fin del mundo: por esto Jesucristo llama siempre el espíritu de los apóstoles á los hechos presentes, á su muerte y á su pasión. Lo que aquí nos debe interesar mas, es que Jesucristo ha padecido por nosotros; que aquellos que lo han anunciado, ó sea antes ó sea después de su venida, todos han sufrido persecuciones: que si queremos vivir como verdaderos cristianos, debemos todos esperar persecuciones, sufrirlas como él y como las han sufrido los profetas y los apóstoles.

Segundo. *De la venida de Elías ya pasada.*—“Pero yo os digo, que Elías ya ha venido y no lo han reconocido, sino que han hecho del todo cuanto han querido.... conforme de él está escrito.... y de la misma manera harán ellos padecer al Hijo del hombre....”

El primer pecado de los escribas y fariseos, fué no haber reconocido la venida de Elías en la persona de Juan. Los oegó su orgullo, sus celos, su odio contra Jesús. Es verdad que Juan preguntado de su parte, respondió que él no era Elías; pero diciéndoles que él era la voz profetizada por Isaías, les decía lo bastante; y si hubieran tenido el corazón recto, habrían dado fe á aquel á quien Juan los enviaba, y habrían aprendido lo que debían pensar del mismo Juan.—Su segundo delito fué el perseguir á Juan, el maltratarlo, el desterrarlo, y acaso tambien el manchar sus manos en la sentencia de su muerte.—Su tercer delito, que dentro de poco debía poner el colmo á todos los otros, era la muerte del Mesías; á este punto llama siempre Jesús el espíritu de sus discípulos al tiempo de instituirlos.—No reconocemos por ventura en todo esto el delito del mundo, de que acaso tambien nosotros participamos? Se forman muchos discursos sobre la religion; pero al mismo tiempo no reconocen los profetas, que Dios nos envía para sostener esta misma religion, para darla á conocer y hacerla practicar. No se consulta la Iglesia para

distinguir los verdaderos de los falsos profetas; se consultan solamente las propias pasiones, los propios perjuicios; se ensalzan aquellos que nos dejan tranquilos en nuestros desórdenes y en nuestros errores, al contrario, son aborrecidos, desacreditados y perseguidos aquellos que con el espíritu de Juan y de Elías atemorizan y amenazan. Conducta que al fin acaba con hacer perder la fe y la religion, con no conocer ya mas al Mesías ni á la Iglesia, con tener por buenas todas las religiones y con no seguir alguna. ¡Oh ceguedad!

Tercero. *De la inteligencia de los discípulos.*—“Entonces los discípulos comprendieron que les habia hablado de Juan Bautista....” Debemos comprenderlo tambien nosotros, porque esta es la tercera vez que vemos citada la profecía de Malaquias, y siempre entendida de San Juan Bautista. La primera vez por el ángel Gabriel hablando á Zacarías. La segunda por Jesucristo mismo hablando al pueblo. La tercera en este lugar por el mismo Jesucristo, en tiempo en que instruye á sus tres mas amados discípulos, escogidos entre sus apóstoles para ser sus mas íntimos confidentes.... La sabiduría de Dios ha puesto en su divina palabra una claridad bastante para guiar los corazones rectos, y una suficiente oscuridad para cegar los espíritus presuntuosos. No fijemos pues nuestro espíritu en investigar lo que sucederá en el último día del mundo, y en la última venida del profeta Elías; nuestra mayor utilidad está en pensar seriamente en el último día de nuestra vida, que no está lejos, y aprovecharnos de las instrucciones que nos da Dios por medio de los profetas que nos envía para prepararnos á este último día. Nuestro Elías y nuestro Juan Bautista es aquel celoso predicador, aquel iluminado director, aquel pastor vigilante, aquel libro instructivo y afectuoso: ¿cómo, pues, lo escuchamos nosotros? ¿Cómo nos aprovechamos de él?

## PETICION Y COLOQUIO.

Haced, ó Señor, que yo me aproveche de todas las gracias que sobre mí derrama vuestro amor. Haced que todo se renueve y se vuelva á ordenar, si no en toda la tierra, á lo menos en mi corazón, para que vos reineis en él en el tiempo y en la eternidad. Amen.

1 S. Luc. I, v. xvii.

2 S. Mat. v. xvi.

## MEDITACION CXLI.

LIBRA JESUS UN JOVEN POSEIDO DESDE SU INFANCIA DE UN DEMONIO SORDO, Y MUDO.

S. Luc. c. IX, v. xxxvii y xlii.—S. Marc. c. IX, v. xiii, xxviii.—S. Mat. c. XVII, v. xiv, xx.

El Sagrado Texto nos suministra en este lugar las mas sólidas reflexiones. Primero, sobre la fe. Segundo, sobre la pasión dominante. Tercero, sobre la oración.

## PUNTO PRIMERO.

DE LA FE.

Lo primero. *De la tibieza de la fe.*—Y primeramente en qué consista, y cuáles son sus causas.

La primera causa es la comunicacion con aquellos que no tienen fe.—“Y el día siguiente, bajando ellos del monte, les salió al encuentro una grande turba.... y viniendo Jesús á sus discípulos, vió cerca de ellos una gran multitud del pueblo, y que los escribas disputaban con ellos....” Los nueve apóstoles que Jesucristo habia dejado al pié del monte, estaban aun llenos de aquella fe, con que en nombre de su Maestro habian hecho demonios y obrado tantos milagros en el curso de su mision; pero por su desgracia, durante la ausencia de Jesucristo, y desde la mañana, antes que bajase del monte fueron á encontrarlos los escribas sus enemigos, y entraron en disputa con ellos.—Es necesario que la religion esté en nosotros bien añanzada para que no tenga que padecer contradicciones de los impíos, de los libertinos y de los herejes. Por mas que se sostenga el partido de la fe contra sus adversarios, acase frecuentemente que se salga de estas disputas y se deje la leccion de los libros, que las contienen, con una fe ya débil, y vacilante. El partido mas seguro es poner silencio á estos enemigos de la religion y de las costumbres, ó huir sus encuentros y abstenerse de la leccion de cualquier libro peligroso, á no ser que las obligaciones de nuestro estado nos empeñen á ello, y entonces tambien se debe temer, orar y velar.

La segunda causa de la tibieza de la fe, es la grandeza de los obstáculos.—“Y habiendo llegado donde estaba la turba, se le acercó un hombre y se echó de rodillas en su presencia, diciendo: Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático y padece mucho, pues muchas veces cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y lo he presentado á tus discípulos, y no han po-

didlo sanarlo....” Habian los apóstoles comprendido esta cura; pero con una fe que no se podía comprometer del buen éxito. Redados de una multitud del pueblo, observados, y acaso provocados por los escribas, con quienes venian de disputar, cuando vieron á este endemoniado y fueron informados de la duracion y de la violencia de aquel demonio, entraron en desconfianza, y esta ciertamente no obra milagros.... ¡Ay de mí! ¿No es por ventura esta la causa porque se debilita tan frecuentemente nuestra fe? ¿No desconfiamos nosotros de las promesas hechas por Jesucristo á su Iglesia, cuando vemos el estrago que en ella hace el demonio? ¿No pensamos que todo se ha perdido, y que el mal no tiene remedio? ¿Y esta desconfianza no hace nacer en nosotros dudas sobre la misma religion? ¿No estamos á las veces tentados de creer que no se puede ya discernir la verdad, que todo ya es indiferente y que todas las religiones son iguales?

Lo segundo. *Del escándalo de la frialdad de la fe.* La fe no se debilita sin causar un escándalo que se comunica insensiblemente, si no se pone pronto remedio. Nosotros vemos aquí el contagio que espació la debilidad de la fe y la funesta impresion que hizo luego sobre los apóstoles. A pesar de su desconfianza interna que se ocultaban y disimulaban á sí mismos, no cesaron de obrar exteriormente y de mandar al demonio en nombre de su Maestro que saliese de aquel jóven; pero este órden dado con una fe vacilante no tuvo efecto alguno. Se sorprendieron los apóstoles y su fe robó sin duda un nuevo asalto. El contagio de la disminucion de la fe se comunicó al padre del paciente; él habia venido con la esperanza de encontrar un remedio seguro á su mal; pero cuando vió que el demonio se resistia á los apóstoles, no supo ya qué esperar ó qué temer, ni si el maestro tendrá mas potestad que los discípulos. Este contagio se espació tambien sobre el pueblo; estando este acostumbrado á ver que toda la naturaleza obedecia el nombre de Jesús, debió ser para él un gran motivo de sorpresa y de escándalo, cuando se vió este nombre invocado en vano, y su fe no pudo por menos de hallarse conmovida. Finalmente, fué un escándalo para los mismos escribas que sacaron de esto un argumento de triunfo, y un motivo para endrocarse mas en su incredulidad. Aquí se debe cada uno examinar y ver, si en su estado contribuye al defecto de la fe, si habla, si obra siempre como persuadido y penetrado de las verdades de la fe.... Si los fieles se animasen con muchos ejemplos, se avivaría la fe, pero ¿oh y cuán fácilmente parece por escandalizarse mutuamente!

Lo tercero. *Del efecto del defecto de la fe.* El efecto mas ordinario es la infidelidad consumada.... Habiendo entendido Jesús de la boca del padre del endemoniado, que sus discípulos no habian podido sanarlo, y conociendo las dis-